

La muerte de Schafik Handal y su significado para la izquierda

Luis Armando González*
Centro de Información, Documentación
y Apoyo a la Investigación
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”
pp. 96-100

El martes 24 de enero de 2005 falleció Schafik Jorge Handal, quien, hasta el día de su muerte, ejercía el cargo de diputado y jefe de la bancada legislativa del FMLN. Con toda seguridad, el dolor y el pesar en el seno de su familia, a raíz de su muerte, han sido inmensos, como inmensos debieron haber sido los lazos afectivos tejidos entre sus parientes más cercanos y él, un hombre de intensos y cálidos afectos con los suyos. Nada menos que eso podían esperar quienes lo rodeaban, especialmente los más cercanos a él. La conmoción causada por su deceso en las filas del FMLN ha sido, también, profunda, dado su inobjetable liderazgo, así como el simbolismo irradiado por su figura dentro del partido. Las celebraciones realizadas en su memoria —en la funeraria, en Universidad de El Salvador, en el cementerio “Los ilustres”— constituyen la mejor prueba del impacto de su partida en las filas del FMLN. Quizás no haya habido un militante o simpatizante del partido de izquierda que no se haya sentido afectado por su muerte, independientemente de cómo hubiera sido su relación con Handal (y la cúpula del FMLN) antes del 24 de enero. Pero la partida de Handal no solo ha conmovido a quienes se identifican al interior del FMLN con sus ideales políticos, sino que conmueve (está llamada a conmover) a todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que, dentro y fuera de El Salvador, están comprometidos con la construcción de una sociedad más democrática, solidaria, incluyente y equitativa.

Aquí cabe salir al paso de algunas opiniones —provenientes de algunos sectores radicalizados del FMLN—, según las cuales quienes criticaron y pusieron objeciones a planteamientos y actitudes de Handal mientras estuvo vivo, no tendrían derecho a rendirle homenaje alguno una vez fallecido. Al respecto, conviene señalar que quizás ello sea válido para quienes rechazaban, aunque alegaran otra cosa, los compromisos fundamen-

* Director de CIDAI. Dirección electrónica: luisg@cidai.uca.edu.sv

tales del líder de izquierda. No es el caso de quienes, respetando e incluso compartiendo esos compromisos, no aceptaban aspectos particulares de su ejercicio político. Creer que a Handal solo deben homenajearlo sus seguidores fieles es limitar el alcance de su simbolismo, el cual también ha calado en actores sociopolíticos ajenos a la izquierda del FMLN.

Y es que Schafik Handal irradia —en su trayectoria, en sus convicciones profundas, en su comportamiento público y privado, en sus compromisos políticos, en su proyección internacional— un conjunto de valores que trascienden a los dos proyectos políticos concretos a los que él se vinculó en su vida —el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y el FMLN— y que hacen parte de una nueva cultura política, todavía incipiente, destinada, ojalá que más temprano que tarde, a reemplazar unos valores sociopolíticos contrarios al bien común, la solidaridad, la justicia y la equidad.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que lo que Schafik Handal representa deba diluirse en una generalidad tal que se pierda de vista su filiación ideológico-política concreta, así como las exigencias particulares que se derivan de ella. Si bien es cierto que su figura irradia un conjunto de valores de los cuales todos y todas tenemos mucho que aprender, esos valores no son algo etéreo e indefinido. Dicho sin rodeos, esos valores son valores de izquierda y están llamados a alimentar, ante todo, una cultura política de izquierda, de la cual, ciertamente, podrán alimentarse a su vez quienes, sin ser de izquierda, coinciden con quienes lo son en la búsqueda de una sociedad sin exclusiones y desigualdades lacerantes.

Construir una sociedad distinta a la existente exige liberarse de la herencia cultural autoritaria, misma que constituye un pesado lastre, a la vez que un terrible obstáculo para el cambio social. La derecha salvadoreña — particularmente, ese segmento de ella que tiene “capturado” al Estado salvadoreño— se sirve de esa herencia cultural para mantener sus privilegios, a expensas de la exclusión

social y económica de la mayor parte de salvadoreños y salvadoreñas. De lo que se trata es de construir una nueva cultura política alimentada, junto con otros valores, por los valores de la izquierda, es decir, por los valores de la igualdad, la solidaridad y la inclusión.

Sin duda, esa nueva cultura de izquierda tendrá que enfrentarse de forma crítica con una serie de valores (o antivalores) que las izquierdas históricas han abanderado alrededor del mundo —dogmatismo, culto a la personalidad del líder, autosuficiencia, resistencia, la renovación ideológica y política—, para desde ahí proponer lo mejor de ella a la sociedad salvadoreña, en compromiso ético, lucha por la justicia, defensa de los desposeídos y espíritu de sacrificio. Y es que se podrán achacar muchos defectos a la izquierda salvadoreña —sobre todo, a la que se concretó en el FMLN—, pero ello no debe impedir reconocer el compromiso, los ideales y la entrega de sus mejores miembros, es decir, de quienes renunciaron a todo por luchar a favor de una sociedad más inclusiva, justa y democrática. En su mayoría, dieron testimonio de ese compromiso con su vida. Ya no están con nosotros, pero mucho de lo bueno que el país tiene se debe a ellos, a su entrega y renuncia.

No todos los que les sobrevivieron continuaron en la misma línea de compromiso; no han faltado quienes renunciaron a sus ideales y optaron por el servilismo a los poderosos. Pero tampoco faltaron quienes persistieron en sus afanes por una sociedad distinta, dando lo mejor de sus energías, en un contexto bastante distinto a aquel en el cual labraron sus primeras experiencias políticas. Lo mejor de la izquierda salvadoreña se ha hecho presente en ellos y ellas; gracias a ellos y ellas, los valores de la izquierda se han mantenido vivos y actuantes, en un ambiente en el cual lo predominante son los (anti) valores neoconservadores y neoliberales.

Ciertamente, hay muchas maneras de ser de izquierda y ninguna de ellas puede abrogarse derecho de exclusividad alguno. Schafik Handal expresó una de ellas, pero no cual-

quiera, sino la que bregó y se abrió paso en la historia de El Salvador, encarando al poder, sin doblegarse ante sus embestidas represivas, sus amenazas, persecuciones, torturas, exilios y chantajes. Esa es la izquierda de la que Handal es heredero privilegiado, a la vez que continuador en circunstancias distintas a aquellas que la vieron nacer. Se puede ser de izquierda de muchas maneras, sin duda. Pero en El Salvador, no se puede ser de izquierda obviando o menospreciando lo que Handal representa, lo cual no significa que se tenga que estar de acuerdo con todas y cada una de las cosas que él hizo o dijo. Una cultura de izquierda para El Salvador deberá, so pena de empobrecerse y caer en la inanidad, asumir e integrar como algo esencial el legado de ese líder comunista —al igual que deberá asumir e integrar el legado de otras personalidades, que dieron lo mejor de sí mismas por la dignificación de la sociedad salvadoreña—.

Se trata, sin embargo, de leer y de asumir el legado de Handal de una forma creativa y crítica. El culto a su personalidad puede ser peligroso, en tanto que impediría ponderar con realismo su trayectoria, en la cual hubo aciertos y desaciertos. Por ejemplo, hay que reconocer que se forjó en la escuela del comunismo soviético, lo cual hizo que, bajo su mando, el partido comunista reprodujera, aunque en menor escala, los problemas (verticalismo, concentración del poder, resistencia a la crítica) propios de otros partidos comunistas europeos y latinoamericanos. No se trataba de asuntos meramente personales o de carácter, sino de una forma de entender el ejercicio político que llevaba a la concentración del poder, a la exclusión de los disidentes y al verticalismo. Así que el partido comunista —inexistente en términos legales, pero operante en la práctica— terminara controlando al FMLN fue resultado de un conjunto de hábiles maniobras, impulsadas por Handal y otros comunistas salvadoreños, cuya finalidad era asumir la conducción del partido. No se puede analizar la problemática del FMLN sin tomar en cuenta este hecho. Por supuesto que este es solo un

factor, entre otros —por ejemplo, las ambiciones de poder de ciertos ex jerarcas del FMLN, como Joaquín Villalobos, Fermán Cienfuegos o Facundo Guardado—, pero un factor de primera importancia para entender la dinámica interna del FMLN en la guerra.

El análisis del ejercicio político de Handal —tanto antes, durante y después de la guerra civil— es una tarea pendiente para los estudiosos de la historia, la sociedad y la política salvadoreñas. Sin embargo, desde ya se puede apuntar que ese análisis tendrá que ser lo más objetivo y fino posible, de forma tal que no se pierdan de vista aspectos como los señalados antes —los cuales requieren de una actitud sumamente crítica—, pero tampoco otros relacionados con el rol jugado por él (y por el Partido Comunista) en la democratización del país. A este respecto, conviene dejar anotado no solo que el Partido Comunista (es decir, sus estructuras partidarias) es el partido más viejo de El Salvador (fundado en 1930), sino que es la institución política que, desde la izquierda, más experiencia electoral acumulada tiene. Enjuiciar, pues, la trayectoria política de Handal deberá permitir realizar una valoración amplia de su contribución a la historia política de El Salvador. Ni el panegírico, ni la defenestración, sino el juicio ecuaníme: eso es lo que se impone a la hora de analizar su trayectoria política.

Ahora bien, en esa trayectoria, junto con sus aciertos y equivocaciones, destacan algunos rasgos de Schafik Handal que no pueden pasar desapercibidos. ¿Cuáles son esos rasgos?

En primer lugar, la entrega. Si algo no puede pasar desapercibido en la vida de Schafik Handal es su entrega a la causa de los desposeídos de El Salvador. Salvo los años de su infancia y su primera adolescencia, toda su vida estuvo dedicada a la búsqueda de una sociedad más justa. De muy pocas personas en El Salvador puede decirse lo mismo. No hay entrega sin renuncia; Schafik Handal renunció a las seguridades y comodidades que fácilmente podía haber conseguido

do por su ascendencia familiar y optó por el riesgo y la renuncia a todo aquello que le hubiera impedido dedicarse a lo que en verdad era importante para él: luchar por la edificación de una sociedad en la cual los abusos y los privilegios de los poderosos no tuvieran lugar alguno. Esa entrega tuvo varias fases y distintas dificultades (las contiendas electorales de 1972 y 1977, la lucha militar de los años ochenta, la negociación, la posguerra), pero fue continua, al menos desde 1950 hasta el día de su muerte. Se trató de una vida entera dedicada a luchar por una sociedad distinta, más humana y más justa. Definitivamente, no se puede hablar de la segunda mitad del siglo XX en El Salvador sin hablar de Handal, de su dedicación a la causa de los desposeídos. Los errores cometidos en ese empeño no deben obviarse; al contrario, deben ser examinados y sacados a la luz pública. Pero esos errores deben ser leídos en el contexto global de su compromiso ético, no para ser justificados, sino para ser entendidos en su justa dimensión.

En segundo lugar, la firmeza de sus convicciones. Mientras que otros que se decían más firmes (y más fanáticos) en sus convicciones que él —y se autoproclamaron, en su momento, como los verdaderos revolucionarios— renunciaron a (e incluso se arrepintieron de) sus ideales de izquierda con una facilidad pasmosa, Handal se mantuvo firme en sus convicciones políticas fundamentales. Esa firmeza dio coherencia a su quehacer político, una coherencia que brilló por su ausencia en aquellos que abandonaron sus antiguos ideales, motivados por las prebendas de poca monta que les fueron ofrecidas por el poder. Es cierto que se equivocó en muchas ocasiones. Pero se trató, por lo general, de equivocaciones de aplicación, no de principio.

Varios de sus ex compañeros de izquierda también se equivocaron, solo que sus equivocaciones, por no estar vinculadas a principios de ningún tipo —sino más bien al oportunismo y al arribismo— los condenaron a la irrelevancia política o a estar en un permanente vaivén en sus opiniones, dependiendo de los favores o rechazos recibidos por el

poder. El mejor ejemplo de esto último es Joaquín Villalobos, cuyo fanatismo ideológico, en su primera época de guerrillero, lo llevó a participar en el asesinato de Roque Dalton, para decantarse después, en la posguerra, a una relación de atracción-rechazo con ARENA y la derecha, justificada a partir de un discutible pragmatismo y una no menos discutible adscripción socialdemócrata. Ayer estuvo de amores con ARENA y la derecha; ahora la critica y denuncia... Mañana, con seguridad, volverá a reencontrarse (temporalmente) con quienes se resisten a considerarlo como uno de los suyos.

También hubo actores políticos de derecha que tuvieron convicciones firmes, pero se trató, en los casos más llamativos, de convicciones francamente inhumanas. Este es el caso, por ejemplo, de Roberto D'Aubuisson, a quien no le han faltado aduladores —algunos de ellos ex marxistas-leninistas— de sus convicciones y su carácter. Pero eran las convicciones y el carácter de un asesino, de una persona para la cual la dignidad de los demás —los excluidos que reclamaban sus derechos— era algo inexistente. A D'Aubuisson no le interesaba ni la justicia ni la dignidad ni la igualdad entre los seres humanos, sino el exterminio de los (presuntos o reales) opositores políticos. No hay que olvidar que monseñor Óscar Romero se contó entre sus principales víctimas. En el mismo sentido, no cabe duda de que no se puede hablar de los años ochenta en el país sin hablar de D'Aubuisson —es decir, el análisis histórico sería pobre sin hacer referencia a él—, pero en su calidad de responsable de crímenes de lesa humanidad. Handal y D'Aubuisson se movieron en dos planos éticos y humanos distintos; no tiene caso ponerlos a la par. De hacerlo, se aceptaría que el crimen, el odio y la persecución —valores que guiaron a D'Aubuisson— están en el mismo plano que la justicia, la igualdad y la solidaridad —valores que indudablemente guiaron a Handal—.

Finalmente, su compromiso con la democratización del país. Es cierto que bajo la dirección de Handal, el Partido Comunista se insertó en la lucha político-militar, a través de

las FAL, al cierre de la década de los años setenta. Sin embargo, antes del estallido de la guerra civil, los mejores empeños del Partido Comunista se habían orientado hacia la construcción de una sociedad democrática. Por lo menos desde 1950, este fue el compromiso de quienes, en la ilegalidad, daban vida al partido que, nacido en 1930, había sido declarado ilegal por el dictador Maximiliano Hernández Martínez. Una de las líneas de trabajo de los comunistas se orientó hacia el fortalecimiento del movimiento obrero. En un contexto marcado por el afán industrializador del gobierno de Óscar Osorio, el Partido Comunista encontró un clima propicio para insertarse en el sindicalismo de oposición, el cual fue clave en la efervescencia sociopolítica de los años setenta.

La otra línea de trabajo la constituyó la lucha electoral, en la cual el Partido Comunista acumuló una vasta experiencia en las décadas previas al estallido de la guerra civil. Su participación, a través de la Unión Democrática Nacionalista (en coalición con el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento Nacional Revolucionario, en la Unión Nacional Opositora), en las elecciones fraudulentas de 1972 y 1977, lo fogueó para la política partidaria. Handal adquirió su mejor experiencia en estas batallas políticas. Fue esa experiencia la que le sirvió para potenciar, desde el FMLN, el tortuoso proceso de negociación, que culminó en 1992. En las etapas finales de la negociación, puso en juego no solo la experiencia política adquirida por su partido en los años de 1960 y 1970, sino las convicciones democráticas fraguadas entonces. Esto le ayudó a vencer las resistencias de quienes, dentro del FMLN, pretendían hacer de la negociación una etapa más en el ascenso hacia el poder total del Estado. Está por escribirse todavía el capítulo de la dinámica interna del FMLN, a la hora de la negociación, lo cual es necesario para poner en su lugar a quienes, en la pos-

guerra, se autoproclamaron artífices del proceso de paz, pese a su resistencia al mismo.

Por lo apuntado y por otras muchas razones, Schafik Handal es un símbolo de la izquierda salvadoreña. Es un símbolo de la izquierda para la izquierda, pero es también un símbolo de la izquierda para la sociedad en su conjunto. Es un símbolo para El Salvador, pero también lo es para América Latina. Por haber sido como fue, se ganó el respeto y la admiración de personalidades importantes de la política latinoamericana. Por haber sido como fue, por haber dedicado su vida a la construcción de un El Salvador más digno de ese nombre, no puede menos que rendírsele el debido reconocimiento. Analizar su trayectoria con objetividad es parte de ese reconocimiento, como también lo es no convertirlo en un mito. Sus honras fúnebres, aunque merecidas en muchos sentidos, estuvieron teñidas de una intención mitificadora, que en nada ayuda a entender su papel real en la historia política del país.

Insistimos, Handal fue un hombre de izquierda y la izquierda es la heredera de su legado; también es la llamada a superar críticamente ese legado, a modo de convertirlo en un factor que potencie las transformaciones que el país necesita. En el FMLN, pasados los días de luto, pasado el tiempo del merecido homenaje al líder fallecido, viene el tiempo de la reflexión y de la valoración acerca de lo que hay que hacer en el mediano y largo plazo. El partido no solo debe enfrentar un reto electoral inminente, sino también el desafío de convertirse en una opción viable de poder. Se impone una audaz redefinición estratégica, para la cual quizás pocos en el partido estén preparados. Un "handalismo" sin Handal puede ser de lo más pernicioso para un partido que, hoy más que nunca, está obligado a enfrentar el desafío de su propia transformación interna.

San Salvador, 14 de febrero de 2006.